

Aquilino Gamo Boyo

(Horcajo de la Rivera, 4 de Enero de 1882 – Madrid, Noviembre 1962)

Maestro Nacional

*En Horcajo de la Rivera, La Lastra, Navalonguilla (Ávila),
Titulcia (Madrid), Colonia Infantil nº 34 (Elx) y Louingos
(Segovia)*



Constantina Cerrudo Ductor
(Balbarda, 11 de Marzo de 1887-Madrid, 1966)
Maestra Nacional
En La Lastra, Navalonguilla (Ávila), Colonia Infantil nº 34
(Elx) y El Solerás (Lleida)



Mi nombre es Mila Cahue Gamo, hija de Maria Milagrosa Gamo Cerrudo, nieta de Constantina y Aquilino. El nombre, Maria Milagrosa, se lo debemos a que, cuando nació mi madre, mi abuela tenía en su casa lo que entonces se llamaba "la domiciliaria": una imagen de la Virgen que pasaba de casa en casa de todos los vecinos. En Navalonguilla, Ávila.

Mis abuelos se conocieron estudiando la carrera de Magisterio (o su equivalente en aquel momento) en Ávila. Mi abuelo era natural de Horcajo de la Rivera (Ávila), Varios de los hermanos se dedicaron a la enseñanza. Era gran amante de la naturaleza, especialmente de los periquitos y gorriones, que siempre tuvo y cuidó en su casa. Tenía una sensibilidad especial para apreciar la riqueza y belleza de todos los seres vivos, y una profunda vocación por la enseñanza, y los niños en particular.

Mi abuela era natural de Balbarda (Ávila), donde su madre, Inocencia Ductor (Barco de Ávila), tenía la plaza de maestra. Su padre, Vicente Cerrudo, probablemente era herrero, y natural de Barrado (Cáceres), aunque su familia provenía de Tornavacas (Cáceres). Inocencia era hija de Isabel Márquez, probablemente también maestra, de Barco de Ávila, y Benito Ductor, de Madrid, probablemente médico. Tanto mi abuela Constantina, como sus hermanas, y su madre, Inocencia, estudiaron en internados durante su infancia y adolescencia. Montaban a caballo, tocaban la guitarra y eran empedernidas lectoras.

Como ya he comentado, mis abuelos se conocieron haciendo la carrera en Ávila. A mi abuelo le concedieron la plaza de Horcajo de la Rivera y a mi abuela la de La Lastra, donde se casaron. Más adelante les dieron a ambos las escuelas, para niños y para niñas, de Navalonguilla, en la Sierra de Gredos. Allí estuvieron más de 25 años.

Sus hijos mayores nacieron en Horcajo, y los menores en Navalonguilla.

Con el paso de los años, mis abuelos querían dar estudios a sus hijas. Se había instituido formalmente la carrera de Magisterio en la Universidad de Madrid, por lo que decidieron ir pidiendo plaza en pueblos próximos a la capital para facilitarles estos estudios. Mi abuelo consiguió la plaza de Titulcia (Madrid), y tenían

alquilado un piso en la calle Antonio de Armona, por la zona de Atocha, justo en frente de El Colegio de los Salesianos, que acabó siendo cuartel para ambos bandos antes, durante, y después de la Guerra Civil. Allí, entre otras, estuvieron La Pasionaria y Victoria Kent. De allí salían los camiones repletos de hombres y mujeres, primero de un bando, y luego del otro, para ser fusilados.

Mis abuelos no tenían afiliaciones políticas conocidas. Eran personas religiosas, pero también liberales. Abrazaron las nuevas normativas de enseñanza que practicaron vocacionalmente (como he podido comprobar por los escritos de mi abuelo), y en ningún momento se vieron forzados a abandonar sus creencias religiosas, respetando todos por convicción la laicidad de la escuela. La metodología de enseñanza era muy avanzada. Mi abuela solía decir que ellos no podían educar a los niños como se hacía en los colegios religiosos, ya que era imposible e impensable que un maestro nacional le pusiera “la mano encima” a ningún niño.

Parece ser que mi abuelo, por lo que he visto en alguna documentación, durante su estancia en Titulcia, se afilió al entonces al sindicato UGT, pero no sé si fue por obligación en las circunstancias de ese momento. Tengo que investigar más. Sí me consta que estaba suscrito a la Revista de Educación, de la que extrajo mucha información para los escritos y reflexiones que luego plasmó en sus manuscritos que luego encuadernó y tituló “Las Pastorcillas del Tormes”, en tres tomos. Sin duda, también era amante del conocimiento, del estudio, y del progreso.

El verano de 1936, estaba toda la familia de vacaciones ya en su piso de Madrid. Allí fue donde les “pilló” el comienzo de la Guerra Civil. No pudieron volver a Navalonguilla ni a Titulcia. En Navalonguilla, el mismo 18 de Julio, se comenzó a buscar a maestros para fusilarlos. En mi casa siempre se ha comentado que si llegan a estar allí, mis abuelos habrían sido fusilados. El sacerdote del pueblo acusó a mi abuela de “roja”, ya que ésta se negó en repetidas ocasiones a facilitar los locales de la escuela

para actos religiosos. Todo debía pasar por la aprobación del Ministerio correspondiente, y así fue respetado por ella.

Mi abuelo, por lo que he visto en alguna documentación, fue denunciado por su colega maestra en Titulcia, de actos que francamente tengo que poner en duda, pues en mi casa nunca se ha respirado lo que ella relata.

Una vez estallada la Guerra Civil, y dada la edad de mis abuelos, por entonces 54 y 49 años respectivamente, se les adjudicó la Colonia Infantil situada en la carretera de Elx a Santa Pola, en la provincia de Alicante (nº 34). No tengo noticias de cómo se organizó la expedición, aunque sí se llegó a barajar incluso su salida a Rusia. En Elx se les adjudicaron tres chalets. El que todavía sigue en pie, albergaba los dormitorios de los maestros y las aulas. Había dos más, un poco más adelante, en dirección a la Venta Durá, uno a cada lado de la carretera. Uno de ellos era el dormitorio de los niños, y el otro los comedores. Parece ser que todos los días comían “arroz con pollo” o su variante, “pollo con arroz”, y los niños canturreaban con cierta ironía una cancioncilla al respecto. También solían hacer excursiones por la zona de Perleta, o bajaban a lo largo de la carretera hasta la playa de Santa Pola.

De los tres años en las colonias no hay ningún relato especial, al menos que mi madre recordara. Más bien daba la impresión de que ella, como niña, lo había pasado bien, y no hubo nada destacable. Sí se les quedó a todos grabado el bombardeo de Alicante del 25 de Mayo de 1938. Mi abuelo había ido a caballo a recoger, no sé si la paga o algún trámite relacionado con la colonia, a Alicante. Volvió pálido y descompuesto. Todos fueron corriendo a ver qué le pasaba a Don Aquilino, y finalmente les relató la imagen que todos vivieron allí. Cuerpos destrozados por todas partes y la sangre corriendo como ríos por las calles de Alicante.

Cuando se anunció el final de la Guerra Civil, todo el personal de El Socorro Rojo, que era de quienes dependían mis abuelos y se encargaban de la Colonia, desaparecieron. Mis abuelos cogieron a todos los niños, marcharon al tren, y se presentaron en Capitanía General en la Puerta del Sol de Madrid, con las listas de nombres y apellidos de cada uno de ellos.

Posteriormente, fueron destituidos de empleo y sueldo durante más de dos años.

La restitución supuso la separación del matrimonio y de la familia: a mi abuelo le asignaron la escuela para niños en Lovingos (Segovia) y a mi abuela la de niñas en El Solerás (Lleida). Regresaron en el año 1947/48. De mi abuelo tengo los tres tomos de manuscritos con todo tipo de anotaciones académicas y alguna personal (las más interesantes las iré transcribiendo en mi blog. Otras son dibujos, y otras poesías para su familia).

Mi abuelo falleció cuando yo apenas tenía unos meses. Estábamos en su casa, y él estaba dando de comer a uno de sus periquitos. Cuando nos íbamos a marchar, mi madre me relató que me dio un fuerte abrazo y un beso más largo de lo habitual. Su despedida fue “adiós, preciosa, ya no te voy a volver a ver más”. Falleció esa noche. Siempre me he preguntado qué es lo que siente alguien en ese momento. No es la primera persona que conozco, pero me consta que suelen despedirse con bastante paz.

Mi abuela falleció cuatro años después. A pesar de ser yo tan pequeña, tengo recuerdos imborrables de ella. Mi madre me solía contar que mi abuela recuperó la sonrisa conmigo. Recuerdo las dos riendo muchísimo, no sé, por tonterías que debía hacer yo. Nuestra relación era maravillosa. Cuando me venía a buscar una de mis tías (que vivía con ellos), me faltaba tiempo para sacar todas mis cositas y meterlas en una bolsa. Me contaba cuentos, me bañaba en esas pilas grandes que había antes en los pisos,

recuerdo los desayunos de leche en esas tazas grandes y, sobre todo, mucha ternura y muchas risas.

Mi abuela no había cocinado en su vida (era “muy señorita”) y el que se encargaba de esos menesteres era mi abuelo. Y en su estancia en El Solerás, principalmente mi madre. Mi madre recuerda a su madre sentada, recta, leyendo: El Quijote, Rosalía de Castro, y un libro que era su favorito que ahora mismo no recuerdo, pero que tenía un título que hacía referencia a las flores (refiriéndose probablemente a jóvenes).

Como anécdota, finalizaré este breve relato, apuntando que para mí fue un enorme orgullo poder dedicarle mi Tesis Doctoral a mi abuela. Siempre ha sido mi referente. Y, curiosamente, el día que la leí, en la Universidad Autónoma de Madrid, el taxista que me llevó hasta allí, con el que me dio tiempo a tener una conversación de una cierta longitud, era un “Gamo” de Ávila (de Horcajo). Discretamente le pregunté que quiénes eran sus abuelos. Hasta donde pude averiguar, su abuelo debió ser uno de los hermanos del mío, también maestro, y que fue fusilado al estallar la Guerra Civil. En ese momento llegamos a la puerta de la Facultad de Psicología. Me dio la mano efusivamente, en silencio y con un gran sentimiento. Mi Cum Laude, sin duda, no tendría sentido sin ellos.

Ver sus escritos publicados en una Revista de Pedagogía, de la Universidad Autónoma de Madrid, es sin duda unos de los mejores tributos que se pueden rendir a un colectivo que fue el que más afectado se vio durante la Guerra Civil española, simplemente por ser maestros, y por creer en que la Educación de los niños y de las niñas traería bienestar y prosperidad a la nación, y bienestar individual a quienes pudieran crecer, a través de ella como personas. Por mi parte, me siento honrada de poder devolverles la dignidad y la honra que se les intentó arrebatar (nunca la perdieron), y de sentir que, a través de sus descendientes y de la memoria, hay heridas que, por fin, se pueden curar y cerrar.

Gracias, de corazón.

*Mila Cahue (Dra.)
Barcelona, Diciembre 2016*